

# Y cuando la pareja se nos rompió

Concha Badía

Profesora de Instituto de Enseñanza Media. Madrid

Hace poco mi parroquia celebraba los 50 años de su fundación y eligieron a una familia para que saliera a hablar y contar su experiencia. Una familia, a quien, por cierto, quiero mucho, formada por tres generaciones: el matrimonio de los abuelos, el de los hijos y luego las hijas..., todos ellos unidos en una fe y participando, desde el nacimiento de la parroquia, en la vida de esta. Cuando acabaron de contar su experiencia, todos aplaudieron. También yo, pero eché en falta otras experiencias, otras vivencias, otras realidades..., en las que se vieran, nos viéramos reflejados aquellos a los que la pareja se nos rompió a mitad de camino, aquellos que viven juntos y no están casados, aquellos que no podrán celebrar ya en la iglesia su amor... Echaba en falta otros modelos de familia, echaba en falta más diversidad.

Espero poder reflejar en este breve y personal texto, concebido desde las otras realidades familiares, mi visión de la familia, los retos que se nos presentan y lo que espero del próximo Sínodo.

## **Cuando el matrimonio que se rompe, Dios sigue amando**

Me casé en esa misma parroquia hace veinticuatro años. Estuvimos seis años de novios en los que mi pareja y yo compartimos una misma fe, una misma acción social y una misma comunidad. Nos casamos como todos los demás de mi comunidad..., los tres: mi pareja, Dios y yo. Pasados once años de matrimonio y, tras muchos intentos de salir adelante los tres juntos, volvía una y otra vez mis ojos a Dios: «Esto es cosa tuya también, ayúdanos». Pero no pudo ser. Entonces ya tenía dos hijos, de cinco

y siete años y no entendía por qué mi matrimonio se acababa. Yo aún seguí queriéndole algunos años más.

Mi proyecto de vida en pareja había desaparecido. Aunque encontrara a otro hombre nunca sería el padre de mis hijos. Todo fue muy razonable y correcto, agradezco que la experiencia de separación fuera así. Aún con todo, me sentía profundamente triste. Ahora bien, aprendí mucho de la separación y me sentí muy amada por Dios. Es verdad que a los pocos meses fui a la boda de otros hermanos de la comunidad y no me fue nada fácil oír todo lo que se decían. Se me mezclaban los sentimientos..., miraba a Dios «un tanto de reojo» pero a la vez, le agradecía la infinita ternura con la que me trataba: la sentía en mi interior y la encontraba en el exterior con el apoyo de mi comunidad y mi familia.

Esta es la primera experiencia enriquecedora: en los momentos de mayor vulnerabilidad, el abrazo amoroso de Dios Madre y Padre me acogía, cuanto mayor era mi debilidad mayor era su presencia y su cuidado. No sé explicarlo mejor, solo sé que nunca dejó que me cayera, que me llevaba en la palma de su mano. En segundo lugar aprendí que el proyecto de pareja no tiene por qué durar toda la vida y que no puedes hacer nada para

que alguien te ame. En tercer lugar, y aunque esto me llevó mi tiempo y bastantes quejas, comprendí que Dios no dejaba que mi matrimonio se rompiera, sino que respetaba la libertad de cada cual. No se puede forzar el amor. Dios nos ha hecho libres y, por tanto, capaces de juntarnos por amor y de separarnos cuando este se pierde. ¿Podemos vivir y aceptar esta realidad?

### **Y la Iglesia trata de ser coherente**

Ante esta nueva situación se me presentaban distintas posturas eclesiales. Por una parte, mi parroquia aceptaba mi forma de vida. Mi proyecto de familia se convertía ahora en cosa de tres –mis hijos y yo– pero mi anhelo de vivir en pareja permanecía. Así que, pasado el tiempo me volví a enamorar e intenté ser pareja con alguien. No salió. Pero podría haber salido. Para mí era impensable que Dios Amor no aceptara mis búsquedas de formar una nueva pareja. Si mi parroquia y mi comunidad no hubieran aceptado mi nueva realidad, si no hubieran valorado a la persona por encima de la norma, habrían agrandado mi dolor y, tal vez, me habría alejado de la iglesia.

Por otra parte, se me presentaba la posibilidad de la nulidad matrimonial. Algunos decían que era sólo un formalismo, que ahora era

fácil que te la concedieran... Para mí no era una cuestión de fácil o difícil. Si mi matrimonio había sido una decisión libre y responsable y con la madurez de que fuimos capaces ambos en aquel momento, ¿por qué tenía que anularlo? ¿Cómo iba a decir a mis hijos que no habían nacido en una familia creyente, del amor en Dios de su padre y su madre? Era negar la realidad y no lo he hecho. ¿Por qué la Iglesia, para tener otra pareja, pretende que anule mi historia, que se la niegue a mis hijos?

No es solo mi situación. El año pasado murió el papá de una alumna; durante su funeral, a la hora de comulgar, dos de mis compañeros creyentes no comulgaron; una está separada y hace once años que vive con otra pareja, otro no está casado pero vive también con una pareja. Es su decisión y respeta la norma de la Iglesia. Pero yo me preguntaba qué era más signo para mis alumnos, de los que solo un 10% va a religión, ¿entenderían por qué no podían comulgar? También pienso en mis amigos gays..., y vuelvo la vista a este Dios Amor infinitamente misericordioso y siento que todos somos uno en él. Si la unión que surge entre las personas brota del amor, ahí está Dios presente..., ¿no es eso una familia?

Sin embargo, no es esta la postura de la Iglesia. Los que no seguimos las «normas oficiales» podemos comulgar y permanecer en la iglesia un poco de «extranjis» y sólo en aquella que te acepte, que se atreva a disentir de la Iglesia oficial. De hecho no escribo en este artículo el nombre de mi parroquia por si eso le pudiera causar algún problema. ¿De quién es voz la iglesia oficial? ¿Cómo puede mantener este abismo con la realidad de muchos creyentes?

### **Ante los nuevos retos de la familia: nuevos recursos y esperanzas**

En cuanto a los retos que tiene planteada la familia en la actualidad, sea cual sea su modelo, son los mismos que tiene planteado el individuo: vivir con autenticidad su vida, cultivar la interioridad, ver la realidad como es y cultivar una mirada lúcida y amorosa que te lleva a servir al ser humano allá donde estés. Es cierto que el reto no es fácil. Hay muchas cosas que nos alejan de nosotros mismos: el consumo, el ego en sus distintas manifestaciones, la competitividad, el cultivo al cuerpo, el placer, el perfeccionismo, la superficialidad... Esto aleja a la persona de su propio ser y, por tanto, dificulta una unión auténtica entre dos personas.

A menudo, no vemos la realidad y proyectamos en ella lo que querríamos que fuera, o anhelamos lo que tuvimos, o tememos perder lo que tenemos. Durante mucho tiempo yo misma he vivido apegada a un pasado que nunca volverá; hoy afronto el temor de lo que pueda pasarle a mis hijos..., pero procuro vivir el presente porque descubro que aceptar y acoger la realidad, como decía san Ignacio «sin críticas y sin idealizaciones» es camino de felicidad. Hace poco leía en el libro *El Cristo interior* de Melloni algo que me impactó: «Cristo es la realidad» y lo unía a algo leído muchas veces pero que ahora se llena de nuevos significados: «Jesús es el camino, la verdad y la vida».

Un segundo reto, para mí, como mujer divorciada, que no ha formado otra familia reconstituida, ha sido el de vivir una opción de vida que no había elegido, vivir la maternidad en soledad. He echado de menos el compartir el desasosiego ante la noticia de que operaban a mi hija, la incertidumbre de cómo resolver los desafíos que plantean los adolescentes o la alegría de ver como aprendía a leer mi hija o como se graduaban los dos. Ahora bien, la soledad es una realidad común a muchos en nuestra sociedad: ancianos, inmigrantes recién llegados, personas sin familia, enfermos... Este es también, pues,

un reto que a todos se nos plantea y también a la familia.

¿Qué hacer? Es importante construir redes y buscar apoyos. Existen recursos oficiales como los Centros de Apoyo a la Familia... Nuestra propia familia es el primer núcleo de acogida, de aceptación y de apoyo que tenemos y que debemos refortalecer. Nuestra familia es un núcleo de amor y no de juicio. Así mismo, todos podemos estar más atentos a vivir en red, con la gente con la que nos cruzamos cada día. Pequeños signos pueden ser importantes: ser amable, sonreír, andar calmado, escuchar..., por si acaso el otro lo necesita o, sencillamente, porque es bueno para nosotros, para cultivar esa interioridad, esa apertura a Dios, para estar atentos a la realidad, para ver con claridad.

Aquí las parroquias tienen un papel muy importante. En el momento en el que tu vida se desmorona, se agradece que existan grupos de separados y divorciados que te escuchan, que no te juzgan, que te sostienen, que te dan esperanza.

¿Y qué papel tiene la iglesia en esto? Yo me considero una afortunada por participar en la parroquia a la que pertenezco y, aún así, en esta o en otra parroquia, he oído expresiones y referencias a la vida de los hijos de padres separados o divor-

ciados o a los propios padres que mostraban muy poca comprensión y cercanía a la situación. Siento que, en ocasiones, la Iglesia –y esto nos pasa a todos- no ve la realidad, parece que algunos no entramos en su ángulo de visión o hablan de nosotros de tal modo que nos es imposible reconocernos.

No obstante, últimamente he leído algunas reflexiones del papa Francisco que me llenan de esperanza: «sentir el dolor de este fracaso», «acompañar a las personas que lo han sufrido», «¡no condenéis!, caminad con ellos». Acogida y no juicio y condena, ¡por fin! Es bueno que esto sea así para todos los colectivos que se salen de los cauces establecidos ¿Por qué pretendemos constreñir la vida a unos moldes en los que sólo caben unos pocos e incluso dudo que esos pocos se sientan cómodos rodeados por tan prietos contornos? Como decía al principio, propongo una visión más plural. Y esto me lleva al último punto.

### ¿Qué espero del Sínodo?

Que los que participen vivan esa interioridad, ese ver la realidad que te lleva, como a Jesús, a ser uno con cada ser humano y a dejar que la «pecadora» se vaya en paz, deseándola que siga creciendo como persona.

Espero que no vivan de espaldas a la realidad: las personas somos seres completos con cuerpo y espíritu y todo es templo de Dios, por eso, podemos acompañar el duelo de quien se separa pero también comprender que quiera formar otra pareja, ayudándole a confiar en el Amor.

Espero que acojan todos los modelos de familia que existen y que sean capaces de ver lo esencial del amor en cada uno, sean gays, familias reconstituidas, monoparentales, curas casados..., y que acompañen, también, el proceso educativo de niños y adolescentes que forman parte de estos otros modelos de familia.

Espero que dejen de ser solo hombres los que formen parte de ese Sínodo. Espero que sean creativos buscando fórmulas para incluir a las mujeres, espero que anhelan la riqueza de todo lo femenino para que reflejen así la humanidad de ser persona, hombre y mujer, de Dios, su rostro masculino y femenino.

Y confío, profundamente, en la mirada misericordiosa de nuestra Iglesia porque la misericordia de Dios es infinita. ■